

# Los troncos de Bracho

**CARLOS BRACHO**

TRANCO I

Estimados lectores pluscuamperfectos y pagadores, con este Tranco de nuestro común amigo, el señor –aunque sea de la escena– Bracho, nos hace entrar –siempre lo ha hecho, para qué negar lo que es obvio ¿no?– a su muy particular mundo. Recordemos que nuestro ínclito autor a viajado por casi todo el mundo, que está clavado, políticamente hablando, en la izquierda, sí, esa definición en la que casi nadie se pone de acuerdo, en la que unos hombres dicen que es esto y lo otro, y unas mujeres aseveran que no, que no es, de ninguna manera una definición correcta del término “izquierda”. Claro, este tres veces H Consejo Editorial, no va a entrar ahora en discusiones

bizantinas de tal tamaño, y creemos que es conveniente que cada lector saque sus propias y muy valiosas conclusiones.

Solamente para dar una pequeña visión de esa tarea, veamos lo que Nicola Abbagnano nos dice de la izquierda hegeliana: “Mientras que la derecha hegeliana

es la escolástica del hegelianismo, la izquierda hegeliana tiende a oponer a la doctrina de Hegel esos rasgos o caracteres del hombre que no encontraron en ella un reconocimiento adecuado.

En el plano religioso esta tendencia da lugar a una crítica radical de los textos bíblicos y a la doctrina de la religión. La religión misma fue considerada por Feuerbach como ‘la autoconciencia del hombre, o sea como la proyección en la divinidad de lo que el hombre quiere ser’. En el plano histórico-político, la izquierda hegeliana opuso a la concepción hegeliana de la historia como racionalidad absoluta, la interpretación materialista de la his-



Del Prado

toria misma que la considera en función de las necesidades humanas”. Leído esto, está más claro que el agua. En ese sentido, expresado cabalmente por Abbagnano, es que nuestro colaborador, maestro Bracho, se inserta como hombre de izquierda. Entendido, y a buen entendedor pocas palabras. Bueno, se preguntará nuestra acuciosa lectora ¿a qué viene esta, podríamos decir, disgregación? La respuesta la consideramos simple: Hegel y Marx son dos grandes filósofos y quien los estudia a fondo, la explicación de lo que sucede en el mundo, las relaciones sociales, las contradicciones de las clases dominadas y las dominantes, le resulta un ejercicio mental sumamente interesante y que ayuda a entender cabalmente esas relaciones. Pero, ya basta, dejemos que este Tranco de nuestro dilecto amigo explique algunas cuestiones relativas:

La disputa por el poder político, por el poder económico se ha definido ya con una ganancia abrumadora para el gran capital. Todo se maneja por el dinero, sí, el interés mueve al mundo, todo se compra y todo se vende al mejor postor. Claro, para su comodidad y expansión la clase dominante dicta las leyes que rigen el mercado, las normas para el manejo de los bienes materiales son hechas por los grandes consorcios, de más está decirlo, todas las leyes están diseñadas para el exclusivo disfrute de los dueños de la charola del dinero. Y por otro lado la clase dominada representa la fuerza de trabajo, son los obreros, los campesinos, los trabajadores del campo y la ciudad, son los millones y millones de asalariados que hacen producir las máquinas de las empresas llamadas transnacionales, y como un castigo por su inacción y sometimiento están presentes los bajos salarios, las cada vez más cortas prestaciones sociales, la cesantía, el despido y la nula protección de las autoridades respectivas, autoridades que protegen al patrón y nunca al trabajador. Esa es la historia diaria. Esa es la realidad que nos circunda, esa es la realidad que nos oprime. Y que

decir de los sindicatos que fueron creados para la defensa y superación de los trabajadores, estos organismos están dominados por su peor enemigo: su propia clase: otro trabajador, líder que al encumbrarse se convierte en un ser que maneja millones de pesos de las cuotas sindicales, y que nadie, ninguna autoridad vigila, y que el susodicho al aliarse con los dueños de las industrias, al doblar la rodilla ante el patrón recibe los beneficios

–dinero, casas, amantes, autos de lujo, relojes, poder–.que le harán hacer más llevadera su “conciencia”. Casos ilustrativos saltan a la vista, la CTM cuyos líderes son inmensamente ricos y no dudan jamás en modificar los contratos colectivos de trabajo para que no signifiquen un escollo a los fines de lucro de los señores. Y qué decir de los diputados, del partido que sea, que con su nula visión social –ya con cuentas personales de millones de pesos, ya enriquecidos– modifican la Constitución del 17 para beneficiar a la clase dominante tantas veces como sea necesario. En la actualidad le han hecho “ajustes” “adecuaciones” “modificaciones” a ese documento político más de cuatrocientas veces. El neoliberalismo campea, el capitalismo feroz está presente, la clase dominante reina a sus anchas, se despacha con la cuchara grande. Ellos, los capitalistas son los dueños de todo, de las tierras, de las costas, de las playas, de la minería, del petróleo, de las honras, de los energéticos, de las vías de comunicación, de las aguas, de los árboles, de los ríos, con estos bienes sus carteras engruesan de manera escandalosa. Este proceso retardatario y contrarrevolucionario se inició hace ya más de sesenta años, justo al terminar el periodo de Lázaro Cárdenas. La derechización tomó forma y poco a poco, sin pudor, sin vergüenza los diputados han, como arriba anotamos, modificado la Carta Magna y la han convertido en un documento al servicio de los intereses imperiales. Ante este desolador panorama, yo,

cansado de gritar y de sufrir desdenes y amenazas, haré algo que es mejor y más fecundo: me meteré a Mi oficina, pediré dos caballitos dobles de tequila, del que raspa, del blanco y le diré a Lupe –que está como para llevársela a una isla desierta y gozar con ella del mar, de las olas, del cielo y de las estrellas y luego de hacer el amor, luego de gozarla, luego de disfrutar su maravilloso cuerpo, luego de hablar de todo y de nada, luego de compartir con ella los momentos de dicha, besarla más, acariciarla más–, le diré, digo, que me prepare unas garnachas con harto chile, unas albóndigas que parecen bocados de cardenal, unas tortillas de maíz morado, unos aguacates y unas cebollitas asadas, y con ello, con ese festín obrero y democrático olvidarme de

los foxes cínicos, de las martas gastadoras, los creeles bingueros e insulsos, los calderones inefables, los madrazos irredentos, los montieles derrochadores, y brindar con los compas de la mesa contigua por los Pumas, por el Finito, por el Juanga, por el Chente. Eso es mejor que el azote cotidiano que nos truena la “honorable” clase política, olvidarme de los líderes charros, olvidarme de los cínicos viejos de la Suprema. Sí, viva el tequila, viva María, viva Lupe, viva la vida. Aclaro que a Marx lo llevo siempre bajo el brazo, de veras. Lo traigo para empeñarlo si no alcanzo a pagar la cuenta, claro. Vale. Abur. 🍷

cbracho@prodigy.net.mx



Alberto Calzada